

Soy una mujer de carácter independiente: Raquel Tibol

Ileana Arias Leal y Dunia Salas Rivera

“Somos algunas las que estamos en otra posición, que no nos consideramos ‘flores’ muy suaves y que estamos decididas a tener una actitud como la tendría cualquier varón, incluso con un lenguaje directo, a veces brusco, como corresponde a determinadas situaciones”, dijo

A partir de marzo abrió sus puertas al público el Museo Soumaya, una iniciativa del empresario Carlos Slim Helú que sin duda ha causado posiciones encontradas, no sólo por haber recibido tan sólo el primer día a más de 2 500 visitantes sino por la magnitud del edificio que alberga en seis pisos la que es ya conocida como “la colección de arte privado más importante del país y de Latinoamérica”.

Precisamente, una de las miradas más críticas en torno a esta iniciativa cultural ha venido de una mujer conocida por la firmeza de sus juicios y declaraciones, las cuales la han consolidado como una de las figuras centrales para entender el arte mexicano de mediados del siglo XX, la crítica de arte Raquel Tibol, quien en la inauguración del auditorio de ese recinto dijo que le gustaría tener cinco minutos con el presidente de Grupo Carso para aconsejarle que cuando se trata de adquirir obras de arte “hay que irse más lento” y que necesitaba “reunir a un grupo de expertos mundiales para que hicieran un análisis de su colección”.

Crítica aguda, fina, puntual e indiscutible protagonista de los grandes momentos que ha vivido el arte en México, Raquel Tibol en esta entrevista que de manera exclusiva concedió a *Gaceta de la Universidad Veracruzana* comparte algunos de los momentos que definieron su vida y personalidad.

Nos cuenta algunas de las anécdotas que la relacionan con personajes de la escena intelectual mexicana de mediados del siglo pasado como José Luis Cuevas, Rufino Tamayo, David Alfaro Siqueiros y otros, las cuales muestran los rasgos de una personalidad que siempre la ha definido como una de las figuras centrales para el estudio del arte en México.



La crítica de arte Raquel Tibol es una mujer conocida por la firmeza de sus juicios y declaraciones, lo cual ha contribuido a consolidarla como una de las figuras centrales para entender el arte mexicano de mediados del siglo XX. (Dunia Salas Rivera)

IAL: Se suele decir que las mexicanas nos conducimos con una actitud discreta, modesta, pasiva, incluso dolorosa. ¿Está usted de acuerdo con esta opinión?

RT: Somos algunas las que estamos en otra posición, que no nos consideramos “flores” muy suaves y que estamos decididas a tener una actitud como la tendría cualquier varón, incluso un lenguaje directo, a veces brusco, como corresponde a determinadas situaciones.

Algunas anécdotas de mi vida ilustran esto, por ejemplo, con Siqueiros discutí mucho porque no me gustó el Poliforum y saqué un artículo tremendamente fuerte en el “Magazine” de *Excélsior*. Entonces casi éramos familia. Cuando fue el centenario de su nacimiento llamé al Fondo de Cultura Económica y les dije que era una barbaridad que hubiera publicado tan poca antología sobre Siqueiros siendo que había una gran cantidad de material sobre su obra. Con la finalidad de convenarlos de que yo tenía toda la autoridad para hacer este

pedimento, hice una lista –incompleta– de artículos, conferencias, libros, intervenciones en televisión, radio, etcétera, y logré reunir más de 250 entradas. Nadie en México escribió tanto sobre Siqueiros como yo.

Y es que empecé muy chica a escribir. Comencé a hacerlo a los 10 años, cuando murió mi madre. Fue una cosa realmente curiosa que yo misma no me explico por qué la hice. Mis cinco hermanos y yo, la menor, nacimos en Basavilbaso, un pueblo chico donde nada más se podía cursar la escuela hasta cuarto año de primaria. De modo que al terminar el cuarto año de primaria había que irse a otro lugar para seguir. Ya estaban todos mis hermanos en Buenos Aires, y mi mamá los cuidaba, pero después volvió porque le dio cáncer de cerebro. El asunto es que murió cuando yo tenía 10 años, por lo que regresamos al pueblo con mi papá y recuerdo que lo primero que hice fue buscar una mesita y una silla y armar lo que llamé “mi rincón de escritora”. Hasta entonces no había escrito, pero a partir de que lo hice, en aquella época, ya no dejé de escribir. Fue una reacción instintiva que yo atribuyo a la influencia de mi hermano mayor, quien estudió medicina.

Recuerdo también que en Basavilbaso había un joven huérfano que se crió con nosotros casi como un hermano: Abraham. Él estudió la carrera de medicina al tiempo que lo hacía mi hermano Luis. Y como venía mucho a la casa lo tratábamos como a un hermano. Recuerdo que desde muy pequeña, él me empezó a enseñar algunos versitos. Cuando tenía tres, cuatro años me paraban en una mesa y me daban una moneda para que recitara mis versitos. Yo siempre adjudico a Abraham, quien después fue un gran neurólogo, el hecho de haberme dado el valor de la palabra desde tan chica.

Desde que tuve uso de razón podía memorizar versos porque tenía una gran retentiva. No tenía que leer muchas veces un texto o que me lo repitieran para que lo retuviera, de modo que quizás fueron estos versitos de la primera infancia los que estuvieron conmigo todo el tiempo. Este amigo en el pueblo era el único hijo de una madre viuda. Ellos vivían a la vuelta de nuestra casa, de modo que era fácil que continuamente vinieran a la nuestra. Él contribuyó mucho a abrirme los ojos. Recuerdo que hubo una película muy importante con Hedy Lamarr llamada *Éxtasis* (1933), una película maravillosa

del amor de un viejo por una mujer joven preciosa. Fue el primer desnudo que se vio en el cine. Fue impactante la escena donde el viejo quiere tomar a la joven y ella escapa desnuda por un parque.

Mi papá tenía una tienda de artículos de todo tipo, en medio estaba la casa de familia y después seguía un cine-teatro, donde yo era boletera a los siete años; sin embargo, mi padre me tenía prohibida la entrada. Recuerdo que Abraham me escondió en un palco para que viera desde ahí la escena de esta película. Él quiso que viera la película no por morbosidad sino para que entendiera la diferencia entre adulto y niño, y además porque era de una gran calidad estética. La película era profunda en muchos sentidos. Creo que son este tipo de cosas las que me llevaron a la vocación de escritora, periodista, locutora, museógrafa.

Asimismo, leí muy tempranamente a Kafka, y lo leí tanto que me aprendí *La Metamorfosis*, así como *Poeta en Nueva York*, de Lorca, cuando apareció la primera edición. Desde chica fui lectora y lo que me gustaba lo aprendía de memoria. Era como una especie de necesidad.

DSR: ¿Fue difícil para usted, en un contexto preponderantemente masculino, haber ejercido el periodismo?

RT: Empecé a ejercer el periodismo en 1953. Soy una mujer de carácter independiente. No tengo sentido de la feminidad, de que la mujer tiene que ser suave.

Recuerdo cuando empecé en el periodismo colaborando en el suplemento de *Novedades* y, poco después, simultáneamente escribía en “Diorama de la cultura”, de *Excelsior*. En 1962 trabajé como locutora de un programa en Radio Universidad, que tenía un programa de música, uno de literatura, en fin, de los distintos aspectos culturales y a mí me tocaba hacer el de artes plásticas. Resulta que cuando Siqueiros cayó preso en el 60, yo estaba con mi programa de artes plásticas y en lo que comencé a hablar de Picasso, de Leonardo Da Vinci, Botticelli o algún pintor joven de México buscaba la vuelta para mencionar a Siqueiros porque sabía que me escuchaba en la cárcel. Eso no le pareció al entonces jefe de Difusión Cultural. Al principio hacíamos el programa en vivo, pero después lo grabábamos. El director de Radio Universidad era Max Aub, quien después de ese incidente un día me esperó en el estacionamiento y me dijo: “O entro solo o nos vamos juntos”. Yo entendí que era mi despedida y le dije: “Don Max, entre usted sin pena, yo tomo mi coche y acá me voy”.

También fui fundadora de *Proceso*, y ahí sigo colaborando. Cuando llegué al número 1500 les dije que hasta ahí había llegado y que desde ese momento iba a colaborar libremente, ya no con la columna de arte. Aunque sé que sigue siendo mi casa.

Cuando eran los tiempos de la revista *Política*, durante la época de López Mateos, yo redactaba y además junto con el jefe de redacción dirigíamos la parte gráfica de la revista y corregíamos artículos. Cuando los colaboradores no entregaban a tiempo me iba hasta su casa a buscar el artículo, y también a discutir con Manuel Marcué, que era de un carácter tenebroso. Nos pagaban tan mal que a la esposa de Marcué Pardiñas –la administradora– le llamábamos “doña generosa”, pero en ese tiempo trabajar en *Política* estaba más allá del sueldo. Era como estar dentro de un partido político porque ahí colaboraba la gente del Partido Comunista. Aunque Marcué admiraba mucho a Lombardo Toledano era otra la posición porque éste era la izquierda dentro del gobierno. Es decir, estaba muy cerca del gobierno, mientras que *Política* estaba muy por debajo del agua, muy apoyada por el general Cárdenas y tenía una actitud tremendamente fuerte con respecto a la política de López Mateos, de modo que salíamos de terminar la revista como a las 3 de la mañana. Cada quien se iba en su coche y las patrullas nos perseguían para asustarnos. A mí nunca me detuvieron, pero a Rosendo Gómez Lorenzo, quien entonces era el jefe de redacción, una vez que estaba solo en la redacción entraron y lo detuvieron por poco tiempo.

Marcué tenía demasiadas influencias en todo el medio político como para dejar a su jefe de redacción en la cárcel.

Por suerte, Gómez Lorenzo tenía la costumbre de ser muy buen tirador. Sabía manejar muy bien la pistola. Le había ayudado a Siqueiros en el asalto a la casa de Trotsky. No tiraron a matar porque ese era el plan.

Nunca pertenecí a algún partido político. Si fui una persona de izquierda totalmente radical, pero como que no se me antojó estar dentro de una disciplina de partido. Me sentía más cómoda yo suelta y haciendo mi opinión, que en cierta medida estaba un poquito más adelante que la posición de los partidos. Quizás lo que me disgustaba era la influencia estalinista sobre el Partido Comunista mexicano. Fue en esa época que José Luis Cuevas publicó su famosa *Cortina de nopal*, que todavía sigue mencionando, como si el arte fuera un antes y un después de ello. Y no es así. Si tuvo una actitud muy combativa, de defender sus posiciones, pero él también se tiró contra mí. Cuando lanzó ese manifiesto, en 1957, entrevisté a Luis Cardoza y Aragón, a Chávez Morado, a Leopoldo Méndez para que opinaran sobre lo que había dicho y a partir de ahí me comenzó a decir que yo era vocera del Partido Comunista. Si lo hubiera sido, perfecto, pero resulta que yo nunca pertenecí a algún partido político.



"Haber sido *free lance* me dio una autonomía y una libertad de pensamiento que conservo hasta el presente." (Dunia Salas Rivera)

Así como en el momento que me echaron de Radio Universidad encontré la colaboración en *Política*, seguí trabajando ahí, y también colaboraba en otras revistas como *Mañana* y *Siempre!*, a veces con artículos, no constantemente, pero siempre como *free lance*. Nunca pedí planta. Estuve 24 años en *Excélsior* y no pedí planta. La única vez que toqué la puerta a Julio Scherer, cuando ya era director, fue para decirle: "Don Julio, ya he colaborado en todas las secciones de *Excélsior*, menos en la primera, es la única que me falta porque hice: 'Magazine', página cultural 'El Olimpo', 'Rotograbado', etcétera. Y quiero una columna en la primera sección". Él me dijo: "Va a tener usted una columna, pero una sola cuartilla. Cuando se pase de una cuartilla, se la quito". Entonces siempre la última línea era la que la máquina ya no la aguantaba y se iba para abajo, pero nunca me pasé de una cuartilla.

La columna llamada "Arte y público" tuvo bastante resonancia en el medio cultural porque nunca se había publicado sobre arte fuera de esta sección. En editoriales no siempre se escribía de arte.

Mi postura firme siempre me ha ayudado. Por ejemplo, cuando le di la famosa bofetada a Siqueiros era 1972. Ibagüengoitia y casi todos los colegas que no eran amigos míos me defendieron. En las redacciones, aunque me he llevado bien con mis compañeros, no era amiga de la conversación casual. En *Proceso*, donde fui fundadora, nunca he tenido un problema y esto lo reconocen Vicente Leñero y Miguel Ángel Granados Chapa, por ejemplo.

Asimismo, recordemos que el movimiento contra Scherer y su grupo fue en 1976, y yo fui quien organizó los primeros actos de apoyo público, porque a diferencia de ellos —como gente que se había formado dentro de *Excélsior*— yo traía la experiencia de Radio Universidad, de *Política*, y les dije: "Lo primero que hay que hacer es demostrarle al gobierno que el grupo que fue sacado de *Excélsior* no está solo. Hay que hacer un cóctel e invitar a todo mundo". Se hizo en el último piso del hotel Sheraton frente al Ángel de la Independencia. La gente no cabía. Y eso fue un campanazo para el gobierno porque se dieron cuenta de que la gente no sólo no estaba sola sino que tenía muchos apoyos.

En la segunda, que se hizo en la Sala de Arte Público, muchos artistas donaron obra para que se hiciera una subasta, y el gobierno –con el éxito de la primera acción– hizo una campaña de amenazas. Asustaron a los coleccionistas y hubo poca gente. Con los primeros pesos que se obtuvieron en esa subasta se empezaron las primeras acciones para crear *Proceso*. De modo que aunque no aparecí en el primer número, porque estaba fuera de México, sí fui de las que fundaron la revista, y a mucha honra porque me he sostenido.

La mayoría del grupo que salió de *Excelsior* y creó *Proceso* viene de una creencia cristiana, y yo soy agnóstica total. Estoy incapacitada orgánicamente para un pensamiento teológico. Pero a pesar de esa situación, la relación con el grupo directivo fue siempre muy cordial. Siempre me dieron mi lugar.

DSR: ¿Qué la motivó a tomar esta decisión de trabajar como *free lance*?

RT: Porque así hacía lo que yo quería. Si hubiera estado de planta hubiera tenido que verme en la necesidad de recibir órdenes de cualquier manera. Haber sido *free lance* me dio una autonomía y una libertad de pensamiento que conservo hasta el presente.

La única vez que estuve de planta con sueldo fue en *Política*. A Radio Universidad regresé 14 años después de que me sacó el director, en el 76, y renuncié en el 89 porque pagaban muy mal. Más que un sueldo, eran como propinas. En aquel tiempo me iba a ir a Europa a montar en cuatro países una exposición de 125 obras de Tamayo: Moscú, Oslo, Leningrado y Berlín. Fui curadora y museógrafa de esa exposición. Sólo venían las cajas y estaban los ayudantes manuales. Esa fue una gran experiencia porque durante 20 años no me hablé con Tamayo, no obstante, fui su curadora de cabecera hasta un año después de su muerte.

Recuerdo que en 1984, cuando Helen Escobedo era directora del Museo de Arte Moderno, me pidió una exposición acerca del color en el grabado, y le dije que tendría que ser una exposición internacional porque México se ha caracterizado por ser un país de escaso color en la gráfica y tenía que conseguir ejemplos donde el color juega un papel importante y no podía hacerlo sin Tamayo porque es el artista gráfico que mejor y más ha manejado el color en México.

IAL: Visualmente, con tanta publicidad parece ser que no sólo se difunde la información del producto que se vende sino que se “ensucia”, ¿qué piensa sobre la contaminación de lo visual y el gusto estético de las nuevas generaciones?, ¿cree que hay una forma artística que se esté creando actualmente?

RT: Los nuevos medios de comunicación no sólo cambian la mirada, sino la actitud, el carácter y el atractivo que estos instrumentos ofrecen a la juventud, la cual usa más el Internet y todo lo que corresponde a los nuevos modos de comunicación para chatear, buscar datos, para la escuela y hasta para buscar pornografía o simular la personalidad que no se tiene. De modo que no sólo hay que hablar de publicidad o elementos gráficos y pictóricos.

Lo pictórico en relación con esta situación de los nuevos medios sí ha incidido de una manera muy fuerte. Hoy las galerías están de capa caída porque los clientes han disminuido en función de que tienen esos



“Los nuevos medios de comunicación no sólo cambian la mirada, sino la actitud, el carácter y el atractivo que estos instrumentos ofrecen a la juventud.” (Dunía Salas Rivera)

instrumentos para satisfacer una serie de necesidades visuales, de modo que en este punto el mundo está cambiando de una manera tan acelerada como cambian las tecnologías.

Los jóvenes son otros en sus necesidades visuales y gustan de cosas sorprendentes, de acciones, performances, cosas a veces bruscas o instantáneas, más que quedarse quietos frente a una pieza, ya sea de dos o tres dimensiones.

A veces los museos, principalmente las galerías, queriendo seguir el ritmo de los jóvenes, ofrecen cosas que para la gente de mi generación y de mi gusto son realmente difíciles de digerir, pero dentro de los nuevos gustos de esta juventud que gusta del performance, las instalaciones y otras rarezas, la fotografía ha ganado terreno. Hoy tiene un público muy amplio. La practican y



"Yo siempre adjudico a Abraham, mi amigo, mi hermano, el hecho de haberme dado el valor de la palabra desde tan chica." (Dunia Salas Rivera)

la exponen en todas las capas sociales. Es impresionante porque a donde usted vaya, desde comunidades indígenas hasta los grupos que se juntan en torno al mercado ilegal, se está haciendo fotografía, ya sea analógica o digital. Las nuevas generaciones tienen distintas maneras de hacer fotografía. Inclusive ha habido un resurgimiento de las cámaras de cartón, que ha retomado inicialmente Carlos Jurado y su grupo.

DSR: ¿Qué opina de la actividad cultural que se realiza en el estado de Veracruz?

RT: Hubo un tiempo, cuando Xalapa era la segunda ciudad en importancia en la cuestión cultural, que había una especie de triángulo cultural: la Ciudad de México, Xalapa y Guadalajara. Pero esto cambió cuando llegó el gobernador Agustín Acosta Lagunes, quien tuvo la idea de comprar obras de arte, dizque para hacer un museo, que es lo que está ahora malamente en Orizaba, porque está en un local demasiado húmedo. Desafortunadamente lo que logró Ida Rodríguez va tener que rehacerse completamente y llevar la colección a Xalapa, porque es el centro cultural y es necesario que esa colección esté ahí, que se quiten los falsos cuadros de Siqueiros.

En el momento en que Acosta Lagunes empezó a adquirir obra, le quitó a la Universidad Veracruzana gran parte de su presupuesto, y eso hizo que las actividades culturales se vinieran abajo. Ese triángulo que Xalapa formaba con la Ciudad de México y Guadalajara se vino abajo por culpa de Acosta Lagunes. Y no volvió a recuperarse. Hay felizmente buena actividad cultural en Xalapa. Hay ediciones, hay escuela de artes, hay artistas, pero Xalapa está allá en Veracruz. No resuena nacionalmente como resonó en la época anterior a Acosta Lagunes. Esta ciudad está repuntando porque hay mucha actividad cultural actualmente, pero debe acomodarse a los nuevos tiempos. El rector de la Universidad Nacional Autónoma de México no se cansa de repetir que hay que acomodarse a los nuevos tiempos. Hay que acomodar la parte científica. Hay que sostener los niveles en ediciones, en divulgación y producción literaria. En todo eso está marchando la Universidad Veracruzana. Es una Universidad seria, pero necesita reforzar la investigación científica.